



Hemos dicho anteriormente cuántos desordenes resultaron de esto en el ejército; lo mismo acontecía en los empleos de la corona y en el ceremonial; las cuestiones sobre este asunto las decidía un tribunal (*Rosriad*), en cuyos archivos se conservaba el registro de las familias antiguas y nuevas, con los grados que había ocupado cada una. Añádase á esto que los descendientes de Rurik sacaban á relucir pretensiones que causaban recelos á la nueva y extranjera estirpe de Romanoff. Para cortar el mal en su raíz, Teodoro III, hijo de Alejo, so pretexto de arreglar exactamente las clases, hizo le presentasen los diferentes extractos que cada familia había hecho sacar de aquellos registros, y los quemó, con detrimento de la historia, y provecho de la paz y de la disciplina. Sin embargo, queriendo aniquilar las pretensiones y no la nobleza, permitió hacer otras genealogías sin que en adelante pudiese pretenderse ninguna superioridad por el nacimiento.

Ya podemos, pues, considerar la constitucion rusa como completa, y examinar por lo mismo su conjunto. La *monarquía moscovita* ó *Gran Rusia* se miraba como propiedad de la casa de Romanoff, y el sucesor podía ser designado por el emperador reinante entre sus hijos, aunque se acostumbraba preferir al primogénito. El electo, á quien coronaba el patriarca ó un metropolitano, tomaba el título de *czar* ó *czar blanco*, su esposa el de *czarina*, sus hijos el de *czarevich*, y sus hijas el de *czarevianas*. El czar tenía sobre la vida y los bienes de sus súbditos un poder despótico. Cuando quería declarar la guerra, acudía á una iglesia, y hacia leer sus agravios contra el enemigo, postre respeto del déspota para con el pueblo, el cual debía soportar las cargas y los males. Por lo demas, los antiguos derechos de éste y de los señores, hasta de aquellos que en otro tiempo eran soberanos, dependían de la voluntad arbitraria del czar, que los domaba á latigazos. Los empleos civiles y militares se hallaban siempre unidos; el mando del ejército se confiaba á un boyardo de la Cámara; el gobierno de las ciudades y las embajadas á oficiales del consejo

Los boyardos eran consultados por el czar en

los casos principales; pero por mera condescendencia. En la nobleza despues de destruidos los antiguos libros, se conocian cuatro grados: el primero estaba compuesto de las familias que en tiempo de Teodoro III habian pertenecido á los boyardos, jueces y consejeros, ó cuyos abuelos habian sido empleados en tiempo de Juan IV y de Teodoro III en misiones extranjeras ó en algun mando elevado; el segundo comprendia las familias que ejercian mandos militares en los reinados de Miguel III y Teodoro III, ó cuyos nombres estaban en primera clase en los registros de las ciudades; seguian las demas anotadas en aquellos libros; y finalmente los nobles nombrados por cédulas. Solo se permitía llevar espada á los nobles y poseer tierras obligadas al servicio militar; además gozaban de diferentes privilegios con respecto á la justicia.

En la ciudad se habia formado una clase media de las *personas nombradas* que podian adoptar por apellido el nombre paterno con la desinencia *ich* (ó *itz*); y eran comerciantes por mayor, y otros mercaderes, excluidos de las cargas. Los camposinos permanecian adictos al terruño, sin propiedad de ninguna especie; y le era permitido al señor trasladarlos de una tierra á otra, pero no arrebatarlos de los campos para dedicarlos á otros servicios. Los esclavos, al contrario, estaban obligados á emprender toda clase de faenas; algunos pertenecian por herencia á una familia; otros contraian la servidumbre mediante un convenio vitalicio; y la única proteccion que les dispensaba la ley, era prohibir que se les mutilase ó diese muerte.

La suerte del pueblo se reducía á trabajar y combatir, ignorante, desgraciado, sometido servilmente al knut de los señores. A veces estimulado por éstos ó por el exceso de sus padecimientos, se sublevaba contra edictos odiosos, y el czar le apaciguaba arrojándole las cabezas de los ministros, que de este modo servian de salvaguardia al rey, sin poder moderar su despotismo.

El czar, sesenta y siete boyardos, cincuenta y siete jueces y treinta y ocho consejeros formaban el consejo de Estado. El primer magistrado era el presidente de los negocios ex-



teriores, á quien estaba confiado el sello; el Supremo Tribunal de Justicia recibía el nombre de *palacio de justicia de oro*.

El ejército permanente se reclutaba de voluntarios, ó en su defecto, los propietarios territoriales debian proporcionar hombres. Los *strelitz* ó tiradores, en número de cuarenta mil, componian el primer cuerpo; seguian luego muchos regimientos de soldados, instruidos á la alemana, lo mismo que la caballería, con oficiales alemanes. Además, la nobleza daba doscientos mil hombres de tropas feudales, y los cosacos una numerosa caballería irregular.

Las rentas ascendían á 5.000.000 de rublos, y eran regalías la cerveza al por menor, el hidromiel, el aguardiente, la sal y la pesca en el mar Caspio, sobre todo la del sollo. A los empleados, en vez de dinero, se les asignaban ciertos dominios.

La Iglesia rusa comprendía veintitres eparquias, que tenían á su cabeza doce metropolitanos, arzobispos ú obispos, dependientes todos inmediatamente del patriarca, dignidad de grande influencia aun en los asuntos políticos, y á quien se tributaba un respeto que rayaba en la adoracion. El clero no podia adquirir bienes raíces; y sin embargo, se dice que poseía una tercera parte del territorio, exento de impuestos, lo cual debe entenderse de los frailes, pues el clero secular no tenía riquezas ni créditos. Los hijos de los sacerdotes eran excluidos de los empleos civiles, y por lo mismo poblaban los conventos. Esta aristocracia poderosa, no se dedicó á corregir al pueblo, que no conocía de la religion más que actos exteriores, servilmente precisos, y cuaresmas muy rigurosas; y la predicacion, poderoso medio de educacion, estaba prohibida á causa de los celos del gobierno.

Las costumbres tenían aún algo del estado salvaje, y el lujo oriental se habia mezclado con ellas sin modificarlas. Las casas de madera no tenían más adorno que colgaduras de cuero; pero en las fiestas se ostentaban el oro y los diamantes sobre ricas telas, como tambien pieles de gran precio. Los que no las tenían las alquilaban al guarda ropa del czar; y si se perdía ó deterioraba alguna pieza, estaban obliga-

dos á pagarla, además de sufrir las palizas, castigo de que no estaba exenta ninguna clase de personas. Las mujeres de cierta categoría se mantenían en servidumbre al estilo asiático, no pudiendo salir sino para ir á la Iglesia ó para visitar á sus parientes. El marido, que era siempre su señor, las zurraba ó maltrataba á su antojo, no como consecuencia de la brutalidad que ni aun la civilizacion sabe vencer, sino por consentimiento de la ley, que consideraba un crimen resistirle. Las mujeres del pueblo gozaban de mayor libertad; y con objeto de satisfacer su afición á los licores, se entregaban á un descarado libertinaje. El extranjero era mirado siempre en el país con desprecio y desconfianza; y los boyardos ó dignidades no se atrevían á tratar con él sino ocultamente; además los embajadores llevaban su terquedad y pretensiones á tal grado, que era muy difícil terminar con ellos un asunto. Sus caminos se hallaban infestados de ladrones, y ni las calles de las ciudades estaban seguras. Los encantos y los envenenamientos eran frecuentes, ó se temían, tanto que se hacia prestar juramento á todos los que se aproximaban al czar de no poner hierbas malélicas en sus manjares, é impedir que otros las pusiesen.

Teodoro III, príncipe justo y benévolo, que habia concluido mediante un arreglo la guerra con los turcos en 1681, murió, despues de seis años de reinado, sin dejar hijos. El patriarca y los boyardos se unieron para elegir entre Juan, su hermano carnal, de edad de diez y nueve años, y Pedro, su hermano consanguíneo, de nueve. Pero como el primero era débil, tartamudo y carecía de ambicion, fué proclamado Pedro, bajo la regencia de su madre Natalia Kirillovna Nariskin. El partido favorable á esta princesa habia sido vencido en el último reinado por el de los Miloslawski, parientes y partidarios de la primera mujer de Alejo, los cuales trabajaron mucho á fin de esparcir calumnias contra la czarina. Excitados por tales rumores, cinco de los nueve regimientos de los *strelitz* declararon que no se conformaban con el nombramiento hecho sin participacion suya; subleváronse á los gritos de *muera Pedro y la czarina*; corrió la sangre, y la soldadesca ebria



degolló á los Nariskin, hermanos de la regente. Sesenta y siete personas respetables perecieron de una manera horrible, y Juan fué aclamado también czar, bajo la tutela de Sofia su hermana. Esta, astuta, y diestra en promover la revolución, se mostró firme en el ejercicio de una autoridad que había ambicionado, y sostenida por su favorito Galitzin, trató de sustraerse de la onerosa tutela de los Strelitz. Esto fué causa de una nueva sublevación; y el príncipe Khowski, su jefe, encontrando mal recompensados por la co-regente los servicios que se le habían prestado, se puso á la cabeza de una nueva secta religiosa de los Abakumistas, meditó degollar á los dos czares y apoderarse del gobierno.

Refugiáronse los príncipes en un monasterio; y Pedro, cuyo carácter se había formado en medio de aquellas turbulencias, llamó allí á Khowski, y le hizo decapitar con treinta y siete strelitzes que le acompañaban. Los demás strelitzes se dispusieron á la venganza; pero cundió el pavor entre ellos al ver toda la nobleza armarse en defensa de los czares, y pasando la audacia á la cobardía, se presentaron con cuerdas y otros instrumentos de suplicios merecidos, no obteniendo el perdón sino con la condición de entregar á los agitadores y uno de los suyos por cada diez. Tres mil setecientos, sacados á la suerte de sus filas, se prepararon á morir recibiendo los Sacramentos, se despidieron de sus familias, y con la cuerda al cuello y sin armas se encaminaron al convento, llevando de dos en dos el tajo y un tercero el hacha. Cuando llegaron á la plaza, pusieron en tierra el tajo, apoyaron en él la cabeza, y aguardaron así por espacio de tres horas su suerte. Los czares se contentaron con que se decapitase á treinta, y perdonaron á los demás.

Sofia, aprovechándose de la juventud de Pedro y de la ineptitud de Juan, daba libre rienda á sus caprichos: dicese que ella misma introdujo al primero en una compañía de jóvenes libertinos; y aún concediendo que fuese denigrada quizá más de lo que merecía por el partido triunfante, no cabe duda de que era muy ambiciosa y que tenía extensas relaciones. Logró también aumentar el territorio, adquiriendo á Smolensko, la Siberia, Chernicof,

la pequeña Rusia, en la orilla izquierda del Dnieper, Kief, en la orilla derecha, y el país de los cosacos zaporogos, prometiendo en cambio que se uniría á Suecia y Polonia contra la Turquía, pero Galitzin, que le daba prudentes consejos con respecto á las medidas que debía adoptar durante la paz, dirigió mal las operaciones militares, perdió el ejército, y se vió obligado á retirarse. Entre tanto crecía Pedro, y ya sus diversiones anunciaban su futuro poder. Salió vencedor de la prueba de los vicios á que se le expuso, y los jóvenes extranjeros de que se le rodeó para corromperle, excitaron su imaginación con el relato de empresas extraordinarias. El ginebrino Francisco Jacobo Lefort, á quien habían sucedido las aventuras más singulares mientras recorría la Europa de un extremo á otro, viendo mucho, siendo capaz de ver bien, y no debiendo más que á sí mismo sus conocimientos, su osadía y su fortuna, ganó la confianza de Pedro, que le colocó al frente de cincuenta jóvenes de su edad, con los cuales aprendió los ejercicios militares, y se ensayó en el servicio sin distinguirse en nada de los demás. Se ambicionó como un honor el entrar en clase de compañero (*poteschnoi*) en aquella tropa, que llegó á ser el núcleo de los regimientos de la guardia. En medio de la desenfadada licencia de aquellos jóvenes, Pedro y Lefort espían con atenta mirada el momento de arrebatar el poder á Sofia, irritados de que hubiese tomado el título de soberana, inscribiendo su nombre en todas las actas y en las monedas, y aspirando á la dominación absoluta. Recelosa Sofia de los proyectos que tramaba, trató de prevenirlos; y Thegtwitoi, jefe de los strelitzes, fuese por su orden ó para atraerla á su partido, se propuso dar muerte á Pedro, como también á su mujer, á la madre y á la hermana de este príncipe. A lo ménos, tal fué la noticia que circuló; y Pedro, habiéndose dirigido al convento de la Trinidad con sus *poteschnoi*, convocó á los boyardos, descubrió la trama, desterró á Galitzin, obligó á Sofia á que se entrase monja, y quedó como señor único del imperio, aunque Juan, czar meramente en el título, sobrevivió aún algunos años.

Aquí se abre la nueva era de la Rusia.

## CAPÍTULO XIX

### Pedro el Grande y Cárlos XII

Encontrábase Pedro á la edad de diez y siete años, al frente de la monarquía más vasta de Europa, cuyo territorio se extendía desde Arkangel hasta el mar de Azof, con un pueblo tosco, pero unido, y con grandes que eran esclavos. Le faltaban costumbres y educación; pero Lefort, en medio de las orgías, le inspiraba con sus relaciones de aventuras el deseo de regenerar la nación. Inútil es buscar aquí un proyecto filosófico, producto del conocimiento de las causas. Al ver los tristes efectos de la barbarie indígena, pensó remediarla, no corrigiendo al país poco á poco, sino haciéndole de golpe europeo, introduciéndole un ingerto extranjero, sin cuidarse de si este ingerto, al morir él, dejaría más enfermo el trono.

El grito de guerra de la Rusia parece haber sido desde el principio: *Dadme agua, que tierra tengo*. Habiendo hecho construir Pedro algunos barcos, se ejercitaba en maniobrar con ellos en el lago de Pereslaf, cerca del monasterio que habitaba: juego de niños que tomó luego un carácter serio, así como sus cincuenta camaradas se convirtieron en doce mil guerreros. Después de nombrar general á Lefort, que no había mandado nunca, le concedió también el empleo de almirante de la escuadra, que no sólo no existía, sino que ni siquiera tenía nombre en aquella lengua, y por primera vez vió el Mar Blanco sobre sus olas, á un monarca ruso. Pidiendo enseguida á la Alemania y á la Holanda ingenieros, barcos y artillería,

obligando á los ricos y á los prelados á proporcionarle los medios necesarios, hizo construir buques en Venecia y en Holanda; se apoderó de Azof, base de sus proyectos, la fortificó, y entró en Moscou con el fausto de un antiguo romano, para inspirar, además del amor á la gloria, la idea de la superioridad. Entre tanto, enviaba jóvenes á Alemania, Holanda é Italia, á aprender las costumbres y artes de los pueblos civilizados; quiso también adquirir estos conocimientos, cuya necesidad conocía, y confiando la regencia al boyardo Teodoro Romanodowski, viajó de incógnito. En los talleres de Saardam y de Deptford trabajaba confundido con los obreros por su actividad en el trabajo y sus vicios; en Amsterdam trató de proporcionarse nociones de anatomía é historia natural; examinó en Londres la constitución civil y eclesiástica, admirando la libertad de cultos, las salas de armas y del Parlamento, pero sobre todo, la marina; y en todas partes persuadía con promesas á hábiles obreros para que le siguiesen á Rusia. Vió también á Cléveris, Dresde y Viena, dándosele en esta última ciudad una fiesta en que el emperador y la emperatriz, vestidos de huéspedes, servían á la mesa á personas enmascaradas, de todos los países y todas clases. Dirigiase á Italia cuando fué llamado á Rusia.

Una vez acostumbrados los labios á beber en la copa del poder, es difícil que se sacien. Sofia, que no había renunciado nunca á lo es-